

CUENTO N° 57

TITULO: PANCHITA, MAÑUNGO Y EL CÓNDOR

SEUDÓNIMO: PEDRO NATANAEL

AUTOR: PEDRO GERMÁN SÁNCHEZ MELVILO

UN CUENTO CHILENO 2021.

Panchita Mañungo y el cóndor. Pedro Natanael

1. Panchita y Mañungo, son dos hermanitos que viven junto a su madre en la cordillera chilena.

Como todos niños de campo, diariamente tiene que caminar varios kilómetros para llegar a su escuela.

Panchita es mayor, casi dos años más que su hermano Mañungo, su madre una mujer de campo y montaña, vive sola con sus dos hijos, producto de un amor, que se marchó a trabajar lejos, pero nunca más regreso a su hogar.

Así que su madre se quedó sola, cuidando a sus hijos, se levanta muy temprano, para ordeñar sus vacas, y dar su desayuno a Panchita y Mañungo, que se marchan muy temprano a su escuelita de campo.

Cuando ellos se marchan, ella se dedica a cuidar sus ovejitas, alimentar sus gallinas, y también a tejer con la lana de sus ovejas. A veces baja al pueblo para vender sus tejidos mantas y otras cosas.

Mañungo es un niño travieso, le gusta subir a la montaña, junto a su fiel perro, que le puso por nombre Errante, ya que un día llegó solo a su casa, y nunca más se apartó de Mañungo.

Cierto día que Mañungo recorría la montaña, sintió que, de un gran árbol, cayó, algo así como un pajarito, pero era muy feo, de color plumizo y cabeza pelada, era un polluelo de cóndor, que había caído desde su nido, Mañungo lo recogió con mucho cariño, y lo llevó hasta su casa.

Al verlo su madre, se horrorizó, ya que ella conocía de cerca los cóndores, cuando niña había tenido una experiencia terrible con un cóndor, ella estaba cuidando sus ovejitas, cuando de pronto de la montaña descendió un gran cóndor, que le arrebató a una cría de ovejitas, que hay miedo y respeto a estas grandes aves que surcan los cielos chilenos en la cordillera.

Su madre le dice, Mañungo no puedes quedarte con esa cría, su madre ha de salir a buscar muy pronto, pero Mañungo llora y le dice que, si la abandona en el bosque, pronto será devorada por otros animales.

Mañungo era un niño que amaba los pajaritos, siempre los observaba, y miraba cuando las grandes aves cruzaban por la cordillera.

Después de mucho insistir, su madre acepta, a regañadientes, no le gustaba la idea de criar un cóndor, Mañungo nombra a su nueva mascota como PEPITO.

Así pasaba el tiempo, y la nueva mascota de Mañungo, su cóndor Pepito se criaba como un ave más dentro del gallinero, claro que crecía mucho más rápido que todas las aves del corral, a Pepito le gustaba correr y volar junto a Mañungo, quien corría por los campos, bajaba a toda prisa por esas montañas.

Su madre al ver crecer tanto a la mascota de su hijo Mañungo, le preocupaba que en algún momento se volviera carnívora como todo cóndor, ella pensaba que ya era tiempo que esta mascota regresara a su hábitat normal.

Así que Mañungo obedeciendo a su madre, subió a lo alto de la montaña junto a su mascota Tato, y le empujaba para que se fuera, pero la gran ave, solo revoloteaba y no quería marcharse, Mañungo le tiraba pequeñas piedritas llorando para que su mascota se fuera, al pasar un gran grupo de cóndores que surcaban el cielo, la mascota Pepito se esforzó voló, voló, voló y voló, por los cielos junto a sus parientes.

Mañungo muy triste regreso a su casa, donde estaban su hermana Panchita y su madre, ya con los días la tristeza fue pasando, y regresar a la escuela le ayudaría a olvidar.

Panchita por el contrario de su hermano Mañungo, se pasa en casa junto a su madre, con su pequeña muñequita, que ella misma ha confeccionado con los restos de lana, a ella le gusta estar al lado de su madre, como es la mayor, ella recuerda el día que su padre las abandonó, ella siempre sueña con que su padre ha de volver, su padre se marchó cuando Mañungo era solo un bebé, pero ella recuerda muy bien a su padre, ella mira como su madre teje y canta ,siempre está muy alegre, nunca ha dejado que sus hijos vean que siente pena en su corazón, por el hombre que tanto amó, y un día las dejó.

La madre de Panchita y Mañungo, cada vez que se marchan a la escuelita de campo, le prepara su comida para el día, y le aconseja que nunca se detengan, ni tomen otros caminos, ella sabe que en los caminos hay peligros, siempre les dice que de vez en cuando el león baja de la montaña, no ataca a las personas, solo baja en busca de comida.

Panchita también sueña con tener una casa linda con una gran familia, un hombre que la ame y tener muchos hijos, así pasan los días, en la casa de Panchita su madre y su hermanito Mañungo.

Pronto las clases volverán y a la escuela hay que caminar, después de caminar varios kilómetros, por fin divisan su escuelita de campo, en plano, debajo de la montaña, ahí los recibe Don Venancio, un profesor rural, que mucho esfuerzo, llega a la escuela a enseñar, ya con sus manos arrugadas y manchadas por la tiza, sale a recibir con mucho cariño a

todos sus alumnos, se ha pasado media vida enseñando en esa escuela, llega junto a su caballo pinto.

Tocan la campana, se iza la bandera, todos cantan la Canción Nacional, felices entran a sus salas, para encontrarse con sus amigos.

Al término de las clases, todos alegres se despiden, los niños como siempre corriendo, las niñas se despiden, a todos los espera un largo caminar, para regresar a sus hogares.

Esa tarde, Mañungo, se quiso ir por un atajo, otro camino que pensaba que llegaría más rápido a casa, su hermana Panchita, recordando los consejos de su madre, le dice que no deben tomar otro camino, que es peligroso, pero, Mañungo como insiste tanto, y le asegura que no hay peligro alguno, después de insistir su hermana, se deja llevar, por el atajo, claro, era un callejón, que tenía mucha zarzamora y grandes árboles que oscurecían el camino, a Panchita le tiritaba el cuerpo caminar por ese callejón desconocido, a cada momento recordaba las palabras de su madre, **NO TOMEN NUNCA OTRO CAMINO DESCONOCIDO.**

No se escuchaban las aves, más bien era un silencio terrorífico, Mañungo, caminaba con un palito en la mano, haciendo surcos, corría y silbaba feliz, tan contento iba, que no se dio cuenta que, en medio del camino, una gran culebra corría y corría, ellos al ver esta gran culebra, se quedan inmovilizados por el miedo, sus piernas temblaban y se abrazaban los dos.

Parecía que esa gran culebra, los atacaría, ellos muy asustados temblaban y temblaban, cuando la culebra ya estaba muy cerca de ellos, una gran sombra descendió del cielo, y con sus inmensas garras puntiagudas, atrapó a la gran culebra, y la alzó por los aires, y ya estando muy lejos de los niños, la arrojó... Era Pepito, era Pepito, Mañungo gritaba emocionado **PEPITO**, era Pepito el cóndor que Mañungo había criado como mascota, Mañungo muy feliz decía, era pepito, era Pepito, y el gran cóndor nuevamente se alejó a las alturas, siempre Pepito miraba desde las alturas a Mañungo, y lo cuidaba, sin saberlo Mañungo, que tenía un cóndor protector.

Ese día regresaron a su casa muy emocionados con la gran aventura que habían vivido, al contarle a su madre lo vivido, ella los abraza muy emocionada, y llora de felicidad, al ver que sus hijos están bien.

Llegó el invierno, y comenzó todo a cubrirse de blanco, una mañana, Panchita se despierta, abre su ventana, y mira hacia el valle, que se veía hermoso, todo cubierto de blanco, ella muy contenta, despierta a Mañungo, que aún sus ojos con un poco de sueño, se restriega los ojos, los abre, y grita, ohm llegó la nieve, estaba feliz, después de tomar su desayuno caliente que les ha preparado su madre, se preparaban para irse a su escuelita de campo, pero su madre les dice, no se han olvidado de algo, y ellos se miran,

preguntado ¿qué será?, su madre les dice, ha llegado el invierno, y también las vacaciones, así que más feliz se sentían Mañungo y Panchita.

Salen a jugar con la nieve, a formar monitos de nieve, y tirarse nieve, sencillamente eran felices, en la montaña, junto a su madre, y sus mascotas, adentro un gran fuego calienta su casa, y se miran unos a otros y se sienten felices, se abrazan, afuera nuevamente ha comenzado a caer nieve.

El tiempo se pasó muy rápido, Ya Mañungo es un joven, y Panchita una señorita, su madre ya no tan joven, se notan sus manos cariñosas ya arrugadas por el paso de los años.

Pronto Mañungo se irá muy lejos, a estudiar en la ciudad, muy lejos de su montaña querida, sus mascotas y sus perros siempre fieles, su madre quedará junto a su hermana Panchita, que ella ahora es la que trasquila sus ovejitas, alimenta sus gallinas y sus mascotas, ya su madre se pasa las horas y el día pensando que Mañunguito como ella le decía, se irá, y su mayor temor es que se enamore en la ciudad, se olvide de su madre su hermana y su montaña.

Llego el día, tan esperado por Mañungo, se irá a estudiar a la ciudad, ya todo un joven, se ha preparado para este momento, espera no llorar, para no hacer llorar a su madre y su hermana.

Arreglaron la carreta con los bueyes para irlo a dejarlo al pueblo, donde tomaría el tren para la capital, y aunque Mañungo conocía Santiago, nunca le gustó la idea de dejar sola a su madre, no le gustaba, pero también sabía, que, si era un profesional, sería mejor para él, su madre, y su hermana.

La gran locomotora entró a la estación. Con una gran humareda, y el sonar de la campana, parecía el final de una gran aventura, su madre lo abrazaba. Mientras su hermana Panchita le apretaba sus manos, como cuando era pequeño, y tuvo que rescatarlo de un hoyo donde Mañungo había caído cuando niño, ya sentado dentro del vagón, las miraba por la ventana, no quería llorar, ellas con sus pañuelos lo despedían, cuando el tren ya dejó su pueblito, Mañungo no pudo resistir, y lloró y lloró, como cuando se allegaba a los regazos de su madre cuando pequeño.

Otra gran aventura, había comenzado para Mañungo, el llegar a ser un gran profesional.

Los días pronto correrían como esa gran locomotora a carbón, en la gran capital, ya era todo un profesional, había estudiado lo que siempre soñó con llegar a ser, el doctor del pequeño pueblo, su hermana Panchita en la montaña, también ya se había casado, con el pequeño colorín, que cuando niño le decían el cabeza de cobre, siempre se habían conocido desde la escuela, cuando el cabeza de cobre, le regalaba a Panchita las galletas que le daban para la colación.

Pedro Natanael

Su madre muy feliz con sus nietos, pero siempre extrañaba a su pequeño Mañungo, temía que nunca más regresara, como su padre. El tiempo ahora parecía que corría más veloz, que cuando Panchita y Mañungo eran niños.

Ahora eran los hijos de Panchita, quienes corrían por la montaña. Los tiempos han cambiado, y ahora los niños ya no caminan kilómetros, pues su padre, en su vehículo, los lleva y los trae, siempre les cuenta la historia de su tío Mañungo.

Cierto día, llegó un hombre de avanzada edad, ya casi un anciano, preguntando por la madre de Panchita y Mañungo, Panchita no lo reconoció, pero su madre, al escuchar su voz, le reconoció de inmediato, el hombre ya con sus manos callosas y arrugadas le habla y le dice que, busca a su joven esposa con sus dos hijos, el no olvidaba el nombre de sus hijos, ella lo mira con tristeza y todavía con mucho amor, ella le dice, soy yo.

El hombre llora, y le dice que un día se fue, buscando un mejor futuro para ella y sus dos hijos, pero, que cuando comenzó la guerra, fue subido a un tren, y llevado a un frente de batalla, muy lejos de su amada esposa y sus hijos, era la batalla por el oro del país, donde todo hombre joven fue tomado, muchos en contra de su voluntad, fue en ese campo de batalla, que recibió una bala en su cabeza, y después de muchos días cuando se despertó, no sabía quién era donde estaba, solo recordaba unos nombres que parece que le eran conocidos, Panchita y Mañungo, sí, era su esposo, que había regresado, ella lo abraza y lloran, se acerca una pequeñita, que el hombre pensaba que era su pequeña Panchita, era su nieta, que también lo abraza y llora, no sabe quién es el hombre viejo, se acerca la madre de la pequeña, y le dice, Papito, yo soy tu Panchita, el cabeza de cobre también muy emocionado, lo abraza y le dice, puchas siempre tuve rabia con usted, porque había dejado sola a mi Panchita era el esposo de Panchita.

Parecía que la historia terminaría feliz, pero faltaba Mañungo, que por la lejanía de ese pueblo y la montaña, siempre para sus vacaciones trabajaba como voluntario en los hospitales, donde se hacían poco los doctores, especialmente para los niños y los abuelos, trabaja muchas horas, así pasaban los días y los años pero Mañungo no olvidaba su madre su hermana sus mascotas, y la aventura que tuvo cuando niño, con su mascota Pepito, el cóndor que había criado de polluelo, y que un día le salvó la vida, cuando una culebra lo iba a atacar, su cóndor Pepito, siempre lo cuidaba desde las alturas.

Mañungo no olvidaba sus aventuras, en las montañas en los inmensos bosques, y la nieve cuando en invierno el miraba caer desde su ventana, su caminata de kilómetros para llegar a su escuelita de campo tampoco olvidaba a su viejo profesor de campo, don Venancio, que ya había partido de esta vida.

Dejando generaciones de estudiantes, que ahora eran hombres y mujeres de bien, Don Venancio había pasado por esta vida, como una estrella fugaz en el cielo, que pasan de pronto, y dejan solo una estela de recuerdo, en quienes vieron esa estrella, son miles los Venancio que pasan por la vida, formando futuros profesionales, pero la gente de las grandes ciudades, no conocen esos hombres y mujeres que más que ganancia por lo que enseñan, dan su vida por amor a su vocación de enseñar.

Mañungo era uno de esos alumnos, que mucho sacrificio, llegan a sus escuelitas de campo, viven felices esa infancia, que no volverá, hoy la escuela ya no está, fue demolida para dar paso al progreso, que llega como un gran monstruo devorando todo a su paso, La pequeña escuelita de campo desapareció.

Mañungo, nervioso prepara sus maletas, por fin ahora tenía todo lo que alguna vez como niño él había soñado.

Prepara su viaje, pero en este viaje Mañungo no viaja solo, lo acompañan su joven esposa y sus dos hijitas, que a una de ellas también de nombre Panchita, la mayor, una linda niña de ojos pardos, cabellos castaños y largos tal como su tía Panchita de la montaña.

El viaje ahora fue más corto y rápido, que cuando Mañungo dejó ese pequeño pueblo, con más carreteras, y pronto va quedando atrás la gran ciudad, para tomar rumbo a su querida montaña, Mañungo se pregunta, si todavía estará el callejón, donde un día una culebra lo quiso atacar, mientras conduce, recuerda las palabras de su madre, NUNCA SE VAYAN POR OTRO CAMINO, parecía que esas palabras las decía ahora su madre.

Mañungo se pregunta, como me irá a recibir mi madre, mi hermana, ahora ya no va solo, como cuando lo fueron a dejar a la vieja estación de trenes, ahora va con su familia, su título de médico, se pregunta si su madre estará feliz de saber que ahora es todo un profesional, un doctor.

Después de varias horas de camino, por fin se van divisado esas montañas, a lo lejos, se ven cubiertas de nieve en la parte más alta, Mañungo recuerda sus aventuras de niño, como corría montaña abajo con sus mascotas, y con su mascota Pepito, el pequeño cóndor que un día había encontrado en medio del bosque.

Al tomar el camino de tierra polvoriento, se va acercando a los lugares que conoció y recorrió de niño, al pasar por donde estaba la vieja escuela, solo ve un gran galpón, y máquinas, moviéndose de un lado para otro, una lágrima se le derrama, mientras su joven esposa lo abraza con mucho cariño.

Salen a su encuentro un grupo de niños, su hermana Panchita, quien lo abraza emocionada hasta las lágrimas, luego llega donde su madre, la abraza con mucho amor, pero no puede contener su llanto cuando se abraza al hombro de su padre, y llora emocionada de ver a un hombre ya anciano, que al mirarlo se emociona, y le dice siempre

te soñé, siempre soñé con tener mi padre, todos se abrazan, los niños afuera corren y juegan, al conocerse, las mascotas también parecen disfrutar tanta felicidad.

En las alturas, vuela una gran bandada de cóndores, que parecen también en las alturas sentir la felicidad, de una casita de campo, con sus moradores.

Ahora están juntos, Mañungo su madre su hermana Panchita, su padre, su esposa, sus hijos y sobrinos.

Todos juntos se sientan esa tarde a contemplar el ocaso, el sol cae lentamente, mientras un hombre anciano tomado de la mano de su amada esposa, tomando su mate, Mañungo cuenta la Historia de:

Mañungo, Panchita y el cóndor...

FIN

